titución del año VIII no vendrá más tarde sino a regular, completar, amplificar y a aplicar en Francia los principios y los métodos cuyo primer ensayo había hecho en Italia el Directorio.

El poder de Bonaparte no es en su origen una monarquía cesárea, sino una democracia al revés. El Imperio es un trozo de púrpura tomado de los museos de la historia y arrojado sobre la democracia al revés del Directorio, para ocultar así las contradicciones y los contrasentidos que hay en esa democracia. Desde hace quince años el Directorio ha venido ahora resucitando aquí y allá en Europa, con la misma contradicción y el mismo contrasentido que llegó a tener en Francia. El fascismo, el nazismo y en parte también el comunismo, no son sino aplicaciones nuevas, modernizadas y perfeccionadas de la democracia al revés, que inventó el Directorio y que Bonaparte trató de imponer en Francia. Por todas partes volvemos a encontrar hoy día aquel círculo cerrado de Sieyes, en el cual el pueblo es al mismo tiempo soberano y esclavo, y sus plebiscitos forzados se convierten en fuente ilegítima de la legitimidad. Por esta razón, precisamente, una historia verdadera de la campaña de Italia es necesario prólogo para toda la historia del siglo XIX. Es en Italia donde se ha efectuado la primera experiencia decisiva de la democracia al revés. Y la Italia contemporánea no ha hecho más que volver, amplificándolo y modernizándolo, al estado político que la Revolución había creado, a partir de 1797, en la Italia del Norte.

(De *"Les Nouvelles Littéraires"*. París).

Santa Anna

Por WILFRED HARDY CALLCOTT

De la Universidad de Oklahoma

BRUTAL, astuto y ridículo, se destaca Antonio López de Santa Anna, por encima de hombres mejores, entre las épocas decisivas de Cortés y de Díaz. Nacido en la ciudad de México en 1794, México debe lo más categórico de su reputación de país turbulento y trágico a la circunstancia de que no había de morir Santa Anna sino hasta el año de 1876. Sin contar—añade Callcott—que tardó en desaparecer un tiempo excesivamente largo.

En el transcurso de su carrera, Santa Anna fue reelecto cuatro veces Presidente de México, sin contar con las que ocupó la silla presidencial indebidamente, apoyado en la fuerza de las armas. En su juventud luchó en favor de los españoles que gobernaban a México, para volverse, después, en su contra. Partidario de Iturbide—el Emperador nacional de México—, no tardó en traicionarlo. Aclamó a Maximiliano—el Emperador de la imposición extranjera—y luego lo atacó. Tras de combatir en contra de los Esta-

dos Unidos, no tuvo inconveniente en ir a ese país en demanda de ayuda. En sus últimos desesperados esfuerzos, procuró "imparcialmente" obtener ayuda de los franceses—que se esforzaban en establecer un Imperio—, de los americanos—que querían imponer la República—y de Juárez—que era liberal—, obteniendo como resultado de todo ello, dice indulgentemente Callcott, que su nombre llegase a significar un insulto entre sus compatriotas, no sólo los de su época, sino también los de las generaciones futuras.

Pero ¿cómo censurarlo? Santa Anna es el tipo del soldado que, aun con los caballos muertos a sus pies, no pierde nunca la sangre fría, siempre que se trata de cambiar de partido en provecho propio; es el tipo del hombre de Estado, que se hace elegir como liberal de "hueso colorado" para, friamente, luego, aplastar las libertades en cuyo nombre ha sido elevado al poder; es el tipo del amigo—añade Callcott—, del que se puede temer siempre que, tarde o temprano, tienda su mano a la traición; el tipo, en fin, del gobernante capaz de vivir rodeado de esplendores bizantinos, a costa de un pueblo implacablemente oprimido. Evidentemente, al hombre que veíase forzado a quitarse el pan de la boca para alimentar las locas prodigalidades de Santa Anna, poco había de restarle para asegurar el bienestar de la esposa y de los hijos. Y he aquí algo que contribuye a explicar la pésima reputación del caudillo.

¿Qué incitó a éste a la intriga? La ambición, la crueldad, el frenesí de grandezas. ¿Cómo pudo sostenerse tanto tiempo en medio de tales maniobras? Porque en esa época, México, que recientemente habíase sacudido el yugo de los Borbones españoles, era un caos admirablemente propicio para las piraterías del aventurero. Y, a medida que aumentaba el desorden en que se debatía el país, aumentaban también las ocasiones de pillaje. Por décadas, las guerras y revoluciones de Santa Anna mantuvieron al país en estado de constante ebullición. Un día le aclamaba como gran conquistador—por lo demás, había llegado a ser maestro en el arte de organizar ovaciones pagadas—y, poco después, se le acusaba de alta traición.

En cuanto las cosas iban mal, Santa Anna se retiraba tranquilamente a alguno de sus vastos dominios. Y, cuando la situación volvía ya intolerable, huía al extranjero. En una palabra, salía del país con tal frecuencia—a la Habana, Jamaica, Cartagena, Santo Tomás, los Estados Unidos—, que, con razón, Callcott, tras largos y laboriosos esfuerzos para seguirlo en todas sus prudentes fugas, acaba por darle el calificativo de "vieil abonné".

Santa Anna, al iniciar su vida pública es un oficial joven y vivaz, al mando de los españoles. Desde los primeros pasos de su carrera militar hacia la gloria, le sale al encuentro la historia de un cheque falso; pero Santa Anna asegura que todo ha consistido en un simple error. Sin embargo, se dice, no obstante, que para cubrir una deuda de juego había falsificado en ese cheque

la firma de su coronel. A pesar de este contra-tiempo del cheque, Santa Anna no se inmuta, atareado como estaba en adquirir, a toda costa, su fama de soldado. Mas, según nos lo hace ver Callcott, también esta fama se halla muy lejos de ser immaculada. Entre los tejanos, deja el cruel recuerdo de las carnicerías de Goliad y del Alamo. Los anales militares de América registran los combates de Santa Anna contra la intervención americana; pero, si hemos de creer a Callcott, aún no se explica suficientemente esa actitud belicosa de su parte. ¿Es acaso que tenía la intención de dejarse derrotar por Taylor, después de hacer un esfuerzo aparente, a fin de probar de esta manera a México la urgencia de entablar negociaciones? En el Norte, sus campañas contra los americanos eran aparentemente sinceras. Pero la que desarrolló en el Valle de México fue desastrosa. Vino enseguida una nueva huida y, naturalmente, en cuanto la situación de los facciosos mexicanos se lo permitió, Santa Anna volvió a escena, y la fuga fue seguida de un nuevo retorno.

El libro del Sr. Callcott entraña importantes revelaciones lo mismo para quienes hayan leído la biografía que sobre Santa Anna publicó Frank Hannighen hace un par de años, que para quienes aún no conozcan dichas páginas.

Carecía Santa Anna de instrucción vasta, pero, con facilidad admirable, sabía explotar el sentimiento del momento —lo que equivale a decir que era un hábil aventurero. Tenía apenas veinte años cuando los conservadores de México se decidieron a tomar parte en el movimiento de Independencia en contra de España, por la paradójica razón de que los liberales, momentáneamente dueños del gobierno español, les habían aumentado los impuestos. Y la carrera de Santa Anna se vió singularmente favorecida por los levantamientos que se sucedieron.

Cuando se declaró en favor del régimen republicano, le hubiera sido difícil decir con exactitud qué era una república, pues —él mismo lo confiesa más tarde—, no sabía, sobre este particular, sino lo que le había dicho un abogado de Jalapa. Sea como fuere, la idea parecióle excelente y, sobre todo, preñada de posibilidades. En efecto, contribuyó muchísimo al éxito de su carrera. Con todo, una vez llegado a la presidencia bajo su disfraz de liberalismo, no tardó en dar media vuelta y se convirtió en reaccionario. Posteriormente, en cuanto se sintió con fuerza para afirmar su dictadura, se dió a buscarse un título que conviniera a sus altas funciones, y, después de haber desechado múltiples sugerencias, se decidió, al fin, por el de Alteza Serenísima, no sin advertir que el título se refería, no tanto a su persona cuanto al jefe de la nación.

Por lo demás, tenía Santa Anna el físico que se necesitaba. Le encantaba exhibirse a toda hora y llegó a sentir verdadera pasión por los juegos de azar, las peleas de gallos, así como por las fanfarronadas de toda especie. Sin embargo, su exhibicionismo le dejaba, por cierto, tiempo libre para dedicarse a actividades muy otras de

aquellas que lenguas poco caritativas le atribuían. Tal como lo dice Callcott a propósito de una despiadada crítica que se hizo de su vida privada en la época de Iturbide "hasta le sobró tiempo para hacer una cosa secundaria: trastornar todo un Imperio".

No poco trabajo se han de dar los historiadores, si quieren encontrar en qué pudo Santa Anna hacer bien a su país a través de los períodos en que fue presidente de México. Fue Santa Anna, sobre todo, un estorbo para el progreso de su patria, así como fuente de constantes discordias. Sufrió, por lo demás, sin tardanza, el condigno castigo, ya que tuvo que seguir viviendo en México pasados sus días de poderío, olvidado, despreciado, sumido en la mayor miseria. México le había soportado bastante, y, mucho tiempo antes de que su vida concluyese, se había cansado de él. Su reputación habría sido menos mala —añade Callcott— si se hubiese marchado más pronto. Su historia, tal como nos la hacen ver estas páginas eruditas, nos explica muchas cosas referentes a México. Pero sería injusto y erróneo juzgar a México a través de Antonio López de Santa Anna.

(*The New York Times Book Review*. Enero, 1937. Envío, en francés del Prof. E. A. Bouchout).

José Eustasio Rivera o el Tropicalismo en la Literatura Americana

La Vorágine

Por LUIS VELASCO ARAGON

I

CON un fondo de descorazonada pesadumbre y de mortal tristeza acabo de leer esa epopeya novelesca, con la cual de un tirón se ganó fama y gloria José Eustasio Rivera. Y siento porque la muerte lo buscó en el seno de aúridorada civilización plutocrática, a quien la ruda violencia de su numen y de su arte, lo respetó la traidora, cuando aún la hoguera de su cerebro prodigioso era una llamarada insofocable en llanuras, montes y ríos.

Rivera es para mí un ejemplar paradigmático del escritor tropical. Ese fuego que anima su prosa, relampagueante—ese ímpetu salvaje para trazar con su pluma la elasticidad fulgurante de la zarpa o de la garra o el vuelo detonante del